

En el fondo del pecho, en lo más vivo del alma, donde el golpe que se asesta siempre es mortal, el conde trastornado sintió el acre dolor de la respuesta. Como traspasa rayo fugitivo el seno tenebroso de un nublado, así la suspicacia, envuelta en ira, iluminó su frente borrascosa, y la frase brutal—¡eso es mentira!—retorcióse en su boca temblorosa, mas no brotó. Con ojos perspicaces notó la incertidumbre de su esposa, y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces, mal haces en negar á quien te ruega, lleno de amor, la excusa que le debes!— ¡Aún el recuerdo del pasado jueves me persigue tenaz! La fértil vega, que esponjaban los céfiros de Mayo, reverdecía con pujante brío, y bendiciendo á Dios, como el que acaba de salir de intensísimo desmayo, la luz, el campo, la arboleda, el río, la balsámica brisa, todo estaba alegre, meno tú. Me propusiste, tal vez para aliviar tu propio hastío, una excursión á la vecina sierra. Cedí: tu aspecto resignado y triste vencióme y emprendimos la jornada con la fuerza del sol, Tú, distraída, extraña á los rumores de la tierra, dejabas caminar, suelta la brida, al dócil potro, mustia y fatigada: y yo á tu lado, sin hablar contigo marchaba absorto, á tu abstracción creciente, buscando sin cesar causa ó pretexto. ¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo, que no cruzó ni un punto por mi mente nada contrario á tí!—Y al decir esto miraba á su mujer severo y grave. Escuchábale Clara con la frente baja y el aire al parecer sereno, si bien un soplo imperceptible y suave levantaba el encaje de su seno.—
—Porque no es desamor ¿verdad? dí, no es desamor la pena que te aflige.

Quizás cansada ya ve con desvío en tan continua soledad,—me dije,— nuestro largo y monótono reposo.— Y con esta inquietud dentro del pecho en silencio seguimos largo trecho, desaminada tú, yo caviloso.—

¡ Ya en terreno difícil y escabroso, —el conde prosiguió,—donde el camino por entre peñas y malezas sube, en despoblado á sorprendernos vino de las cimas bajando, oscura nube. Aquel agrio lugar donde prospera en libertad la enmarañada broza, es tan salvaje y solo, que pudiera servir quizás de ascético destierro á algún humilde y santo cenobita. No hallamos ni el refugio de una choza. Únicamente sobre estéril cerro, divisamos, no lejos, una ermita. Pero ¿Cómo trepar á aquella altura? Por fin tras mil esfuerzos y cuidados, nos sacaron con bien de la aventura nuestros ágiles potros, avezados á caminar por trochas y montañas, y llegamos al templo de Maria cuando la nube, abriendo sus entrañas, en lluvia torrencial se deshacía.

La santa Virgen nos prestó su ayuda y entramos en la ermita—añadió el conde más conmovido cada vez.—Tú muda, te prosternaste ante el altar de hinojos,— ¡Es menester que sin piedad ahonde en los negros abismos de mi duda aún cuando estalle el corazón! Los ojos casi llenos de lágrimas pusiste en la divina imagen, y á mi oído llegó tu voz debilitada y triste, como el eco lejano de un gemido. ¡Ay! más desalentado que ofendido, me pregunté confuso:—¿Por qué trata á quien tan solo para amarla existe, con tan injusta prevención, la ingrata? ¿Quién causa su profundo desconsuelo

que por injuria á mi cariño tomo?—
Hirióme el alma punzador recelo,
y vacilé desconcertado, como
si sobre mí se desplomara el cielo.—

Era en el conde la emoción tan viva,
que su queja espiró como el murmullo
del céfiro en la selva, tenue y vago.
La ilustre dama le escuchaba altiva,
y en pertinaz batalla con su orgullo,
más fácil á la ofensa que al alhago,
ni una palabra pronunció siquiera
para calmar las dudas de su esposo,
que á un tiempo enternecido y receloso
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,
y al través de la rústica vidriera,
cercó de pronto tu cabeza rubia
tibio rayo de sol, como si fuera
el nimbo de una Santa. ¡Oh, cuán hermosa
ante aquel pobre altar arrodillada
te vi, clavando con filial ternura
en la reina del cielo tu mirada!
Sentí como una ráfaga piadosa
que disipaba mi mortal tristeza,
y una voz que que bajando de la altura
parecía decir:—¡Quien así reza
es fiel esposa, es inocente, es pura!—

Clara no pudo más. Bajo el hechizo
de aquella blanda queja dolorida,
su tenaz resistencia se deshizo
cual témpano de hielo, que liquida
el sol primaveral.—Pues bien, confieso,
¿á qué ocultarlo?—supiró llorosa,—
que un afán imposible, con su peso
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—
—¡Oh!—clamó el conde impaciente:—¡dime
dime. ángel mío, el ansia que te acosal
¿Quién, como yo, calmartela podría?—
—De mi amor has dudabo, y te castigo.
¡Hoy, no! Mañana al despuntar el día,
—respondió Clara—volverás conmigo
á la escondida ermita de la sierra,
donde los dos, con la rodilla en tierra,
elevando las almas a María

y teniendo su imagen por testigo,
haremos mutua confesión... ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto,
lamentáras tu culpa y tu arrebató.
—¿Y mañana hablarás?—¡Te lo prometó!—
—¿No pudieras hoy mismo...—¡Punto en boca!—
Exclamó la condesa jovialmente:
—y puesto que vengarme determino,
callar por hoy y obedecer te toca.—
Iba el conde á insistir; mas de repente,
suceso extraño á interrumpirle vino.

Por el sendero enarenado y raso
que en caprichosa ondulación se aleja
de aquel risueño edén, hácia la entrada,
se iba acercando con ligero paso
un guarda, conduciendo de la oreja
á una niña nerviosa y asustada
como avecilla en manos infantiles
No el leve peso de sus ocho abríles
rendía su vigor, pero agitada
seguía la infeliz á la carrera,
dando al viento su crespa cabellera,
de su aprensor la marcha acelerada,
cual tamo que arrebató la corriente
va envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,—
iba diciendo el rústico impaciente,
—Pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas
otra vez, destrozándome el vallado,
á robar flores y romper macetas.
¡No volverás á tus antiguas mañas!—
¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,
con el llanto cuajado en sus pestañas
como en la flor las gotas del rocío,
y con acento desmayado y triste,
semejante al balido de la oveja
que al sacrificio va.—¡Por fin caíste!—
dijo el guarda, cebándose en la oreja
más roja que el carmín.—Pero descuida
que llevarás el merecido pago.—

Por el rumor creciente sorprendida
salió de pronto la feliz pareja
de las frondosas márgenes del lago,
y marchando al encuentro del severo

y arriscado guardián.—¡Ola! ¡García!—
 el conde preguntó.—¿Por qué tan fiero
 contra esa pobre estás?—Perdone usía,—
 contestóle, quitándose el sombrero
 en actitud humilde.—Esa mozueta
 se coló en el jardín, no sé por donde,
 y ha causado más daño que una nube.—
 —¡Bravo!—exclamó sin alterarse el conde:
 —¿Y eso es lo que aprendes en la escuela?
 A tiempo—siguió el viejo,—la detuve,
 porque si tardo más, llevaba traza
 de acabar con el huerto la chiquilla.—
 Aproximóse el conde á la rapaza
 y acariciando la infantil mejilla,
 dijo con blando y apacible tono:
 —¿Serás buena, es verdad?—Si seré buena—
 la culpada exclamó de angustia llena.
 —¡Pues anda!—contestóla.—Te perdono.—
 —¡Ah, la perdonal!—De paciencia falto
 gruñó García.—Si el señor la trata
 con tanto mimo, en su segundo asalto
 deja la posesión sin una mata.
 —No tendré compasión si otra vez peca
 —dijo el conde riendo.—Pero ahora
 ¿Qué podemos hacer de esa muñeca
 más chica que el dedal de tu señora?—
 —¡qué!—respondióle el guarda en un arranque
 de bárbara energía.—¡Casi nada!
 Darle un buen remojón en el estanque.—
 —¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada
 la dama.—¡Si tal haces te despido!—
 ¡Maltratar á una pobre criatura!—

Prestando á todo perspicaz oído,
 ya de la ansiada impunidad segura
 la niña estaba con los ojos bajos
 y el picaresco rostro compungido.
 Tosca saya de míseros andrajos
 sus delicadas formas envolvía,
 como el capullo á la naciente rosa,
 y animaba su cara maliciosa,
 tostada por el sol de Andalucía,
 con inocente y vivo centelleo
 su mirada leal que todavía
 no inflamó el oído ni enturbió el deseo.

¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas
 que piadosa le dió naturaleza,
 parecía aquel ángel cautivadol
 Más negro y más lustroso que las alas
 del cuervo, relucía en su cabeza
 el rebelde cabello enmarañado,
 y en su labio entreabierto y encendido
 bullían, retozones y traviesos,
 prontos como los pájaros de un nido
 á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella
 y al través de la saya de mendiga
 rasgada y sucia, la encontró tan bella
 que exclamó sin pensar.—¡Dios te bendiga!
 Un sentimiento irresistible y tierno
 gana su corazón, siente que el llanto
 sube á sus ojos, como el fuego interno
 al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
 resiste de aquel rostro peregrino?—
 Cediendo á un movimiento repentino
 corre á su lado, estática se queda
 contemplando en silencio á la rapaza,
 y una caricia compasiva enlaza
 el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía
 dominada á su joven protectora,
 y radió su semblante de alegría.
 La condesa con voz halagadora
 —¿cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!
 contestó la chicuela dulcemente,
 alzando el rostro interesante y bello.
 —¡Si está más despeinada que una bruja!—
 dijo Clara, atusándola el cabello
 y apartando las greñas de su frente,
 que apareció tan plácida y serena
 como noche estival.—¡Es muy gallarda,—
 siguió, buscando de parecer del conde,
 testigo complaciente de la escena.
 —Y luego, vuelta hacia Maruja—¿en dónde
 vives?—la preguntó.—Cortando el guarda
 la plática sabrosa, avanzó y dijo:
 —¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
 Tal vez en el pajar de algún cortijo

ó en medio de una tropa de gitanos.—
 Clará miróle desabrida y seca
 y exclamó interrumpiéndole.—¿Qué es esto?
 Todos, señor Andrés, somos hermanos.—
 Quedó el guarda confuso y descompuesto,
 y Marujilla con maligna mueca
 prorrumpió restregándose las manos:
 —¡Rabia, rabia, gruñon! ¡Um! ¡Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
 tan petulante y vivo, su mirada
 tan maliciosa, y su rencor tan justo,
 que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,
 soltaron á la vez la carejada.

—¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—
 la señora exclamó, como enfadada.

—¡Un arapiezo que á sus anchas cabe
 debajo de una criba, tal descarol...!

Tus padres lo sabrán y ten por cierto
 que no te irás sin la debida riña —

¡Cál Nó, no me reñirán—dijo la niña
 con dolorosa ingenuidad. ¡Han muertol..!

—¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!...
 gritó Clara, y cogiéndola del brazo

movida á santa compasión, sentóla
 con solícito afán en su regazo,

La picaruela envanecida y muda
 se unió á la dama en apretado abrazo,

y en su memoria revivió, sin duda,
 el amor del hogar, ese cariño

que es, de ternuras inefables lleno,
 más que la leche del materno seno

fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro
 el semblante expresó de la inocente,
 que con lánguida calma sobre el hombro
 de la condesa reclinó la frente,
 sin atreverse á respirar apénas,
 por no turbar su interno regocijo,
 hasta que Clara, al contemplarla, dijo
 con blando acento.—Cuéntame tus penas.—

Y con esa charla interminable y rota
 como niebla deshecha por el viento,

en que cada palabra es una nota
 que llega al corazón, no al pensamiento;
 charla con que la infancia nos domina
 y muere con la edad cuando se clava
 dentro del alma la primera espina;
 dió principio la huérfana á su historia
 como gorjea el ruiseñor su canto;
 mas quando los sucesos que evocaba
 iban cobrando vida en su memoria,
 pintábase en sus ojos el espanto,
 Como entre sueños recordó el molino
 en donde vió del sol la luz primera,
 el cauce bullicioso y cristalino,
 el huerto ameno y la feraz ribera
 por donde alegre, entre el ramaje esp eso,
 suelta como una cabra triscadora,
 buscaba la silvestre zarzamora
 y el higo chumbo en sus espinas preso,
 hasta que á punto de espirar el día,
 y cansada ya, bajo el amante beso
 de su indulgente madre se dormía.—
 Luego habló de la noche pavorosa,
 de perpetua tristeza para España,
 en que la tierra, como mar furiosa,
 hizo temblar el llano y la montaña.
 —Para ahuyentar del enemigo impuro
 las asechanzas pérfidas, rezando
 Maruja estaba en su caliente lecho,
 aquella noche memorable, cuando
 sintió azorada vacilar el muro,
 crugir las vigas, deplomarse el techo,
 á impulsos del tremendo cataclismo
 su albergue paternal rodar deshecho,
 como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte aquel día?
 Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,
 dando voces de horror, entre el destrozo
 de su perdido hogar, que engrandecía
 aquella soledad agreste y muda,
 la pobre niña percibió un sollozo,
 ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
 de su misera madre en la agonía!
 Confusa, atribulada, sin aliento,
 haciendo sin cesar esfuerzos vanos

para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
saltaba la sangre de sus manos.
— ¡Madre, madre! — Gritaba respondiendo
à la estertórea voz desesperaba
que en lenta gradación se iba perdiendo
en el silencio eterno de la nada
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástrofe entregada
de la lóbrega noche à la pavora,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
«En dónde mayor lástima» — A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,
y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó à la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
à un tiempo tan patética y sencilla,
lloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba: — ¡Diablo de chiquilla!
Limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba à emboscarse en su bigote cano,

De pronto alzó la compasiva dama
turbando aquel silencio doloroso,
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró à su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuasivo,
— ¿Quieres saber — le preguntó — el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego

à la madre de Dios idolatrada?
Pues como el más preciado de los bienes
la demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga. — Dijo
empujando a la niña. — Aquí le tienes! —
Convulso el conde, y con febril anhelo
besándola, exclamó: — ¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo. —

¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba à la oración; la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
y entre el rumor de la arboleda umbría,
en medio de su calma solitaria
subiendo al cielo en los alados sonos
del bronce de la iglesia, y confundidos
en la piadosa y mística plegaria
que alza la tierra al extinguirse el día,
como nota de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo: — ¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!